

Una Felicidad Ante el Año Nuevo

por Sebastián Salazar Bondy

Un evidente renacer de la vida cultural se advierte en nuestro país desde hace unos años, obra de todos y beneficio también para todos, cuya culminación —ya que no su perfección afortunadamente inalcanzable— no está, sin embargo, cercana. Este proceso de salud espiritual, que se impone a innumerables dificultades y problemas, no es fruto de la casualidad, ya que la madurez —que a eso vamos— es resultado de un desarrollo orgánico profundo, de un desenvolvimiento fundado en ciclos netos, en edades cumplidas, en etapas que día a día se superan. Somos —ya se ha dicho— un país en formación y, al mismo tiempo, la contradictoria y vital mixtura de lo viejo y lo joven, de lo antiguo y lo nuevo, y hemos llevado, y llevamos aún, la marca de esta índole a destiempo, de esta especie de conflicto o-

riginal. Nos abruma una tradición, a la que, no obstante, debemos respetar en lo que ella tiene de valioso y duradero, y nos arrastra, además, un porvenir que vemos espléndido y colmado de posibilidades. Entre estas dos fuerzas nos hemos quedado detenidos muchas veces, atrapados por nuestras propias razones o entregados sin reflexión a una sola de ellas. A pesar de todo, hemos marchado hacia adelante, especialmente en la última década.

En el terreno de la cultura —que es, a fin de cuentas, en donde todo encuentra su florecimiento definitivo, su expresión— fuimos excesivamente nacionalistas o demasiado cosmopolitas. Lo primero significó que nos vertimos total y tenazmente a ciertos valores que supusimos absolutamente nuestros, y por eso sólo, aunque el supuesto no estuviera debidamente probado ante la razón, descuidamos lo que, por ser conquista humana y universal, nos hubiera servido para penetrar el ser propio. A la postre, concluimos haciendo comentarios más o menos agudos al pasado, al folklore, a las costumbres, labrando un terreno que se agotó prontamente y que perdió su riqueza por causa, precisamente, de la desdichada manera como la manoseamos. Lo otro representó, con el signo opuesto, el mismo estéril derroche: nos despreocupamos de lo peculiar, cuando no lo desdeñamos, creyendo que ser de ninguna parte nos convertía en seres de todo lugar y tiempo. También lo que de ello resultó fue un remedo de modelos, cuya médula no vislumbramos, y los tesoros que pensamos conquistar así constituyeron, a fin de cuentas, formas huecas y falsas.

Lo mismo está pasando en lo que a otros señuelos —ya no los de la patria, de un lado, y el universo, del otro— se refiere: ahora mucha inteligencia e imaginación están dedicadas a actuar para la exhortación política (cultura para las mass, para la sociedad futura, o como se le llame) o para el regocijo estético de los iniciados (abstracción sin simbolismo alguno, mensajes vagos en clave esotérica, hermetismo superlúrico, etc.). Unos intentan salvarse y salvar sus obras en hombros de la muchedumbre y otros cifran su futuro en el apartamiento de todo contacto con las mayorías. Al fin, los que están en una u otra posición se da-

rán con la sorpresa de que se maniataron, en general de buena fe, a grillos que les impidieron ser ellos mismos, que cortaron su inspiración y redujeron su empuje, que se sometieron, y sometieron su libertad el más alto don de la condición humana y del artista, a mandatos externos, que además no eran sino espejismos falaces, alocinaciones o sombras. Sólo los libres, en verdad, perdurarán, porque el porvenir no pertenece, cualquiera que sea el desti-



no del hombre, a ninguna servidumbre.

Pero, ya se ha dicho al comenzar estas líneas, que la cultura renace entre nosotros: un pequeño libro que se publica, el telón de una salita teatral que se levanta, la modesta exposición que inaugura un pintor, la conferencia que unos cuantos escuchan, la melodía que contra toda la vocinglería llega a un oído sensible, sumado lo uno a lo otro, han ganado una batalla por la inteligencia, cuyo esplendor buscamos para nuestro país. Y contribuir a conquistar esa victoria es vivir y ser dichoso, pues constituye una razón de ser. Cesare Pavese decía: "Crear, aunque sea combatiendo, quiere decir ser feliz. El artista que no está contento con su trabajo en los días que le han tocado vivir, no es un artista". Esto entre nosotros es más verdad que en cualquier otra latitud, ya que es aquí donde todo está por hacer, es decir, donde todo está agurdando un héroe. De ahí que un nuevo año sea un cúmulo de promesas que habremos de realizar todos para todos, los de hoy y los de mañana.